

El Ajedrez ha peregrinado con todas las épocas de la vida humana y sus orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Juego antiquísimo, se encontraron incluso entre las ruinas Caldeas y Babilónicas descubiertas por Sir Ronald Travis Hoke en la Palestina pinturas alegóricas a sus piezas y tableros. Entre los egipcios fue famoso y la India milenaria tanto como la vieja China de la Muralla y los mandarines lo practicaron en grado superlativo.

Es el único juego capaz de apasionar por espacio de horas sin que intervenga el interés monetario en la partida. Juego emotivo, está sin embargo, desprovisto del toque mágico de la veleidosa Fortuna; en él gana siempre el que jugó mejor.

Los enemigos del Ajedrez han propagado la idea de que es un juego demasiado profundo para las inteligencias medianas, cosa absurda, como bien indicó el campeón mundial Enmanuel Lasker, ya que aunque el número de cálculos y combinaciones que puede hacer el cerebro de un jugador de ajedrez en una partida, en potencia al menos, infinito, son de una precisión tal y deben ajustarse a menudo a una coordinación tan maravillosa que una vez practicado, llegan a hacer muchos de ellos sin esfuerzo y permite el juego ser estudiado de tal manera, que para un hombre culto del siglo XX vuelve fáciles de comprender sus aparentes complicaciones.

En Ajedrez, cada partida es distinta; cada variante cambia por completo el final y solamente en los siete primeros movimientos pueden hacerse ya más de seis mil millones de jugadas, y genios magníficos como el de nuestro inmortal Capablanca, serían los únicos en añorar un tablero de cien casillas, por considerar demasiado sencillas las combinaciones practicables en el actual.

En Ajedrez, cada partida es distinta; cada variante cambia por completo el final y solamente en los siete primeros movimientos pueden hacerse ya más de seis mil millones de jugadas, y genios magníficos como el de nuestro inmortal Capablanca, serían los únicos en añorar un tablero de cien casillas, por considerar demasiado sencillas las combinaciones practicables en el actual.

Cuentan que Max Euwe, campeón mundial desde 1935 a 1937, uno de los más grandes didactas y reconocido como el más científico de los investigadores del Ajedrez Moderno, después de haber jugado su célebre quinta partida contra Bogoljubow, en el torneo de La Haya, en 1928, descubrió una nueva modalidad para una variante antiquísima y la estudió y practicó durante largos meses, cuidando de hacer todas las combinaciones razonables que le parecieran posibles. Pacientemente esperó al contrincante, que por su apertura le favoreciera ponerla en práctica, al fin, en un torneo celebrado en el Club Londinense de Ajedrez, logró de Capablanca obtener la posición favorable para desarrollar su variante y a las 36 jugadas, con dos peones de ventaja, ya parecía por la posición, el indiscutible ganador. Puesto Capablanca en crítica situación, hubo de sellarse la partida, para continuar al día siguiente. Muchos jugadores rodeaban a los dos maestros y habían seguido paso a paso cada movimiento; era preciso que Capablanca apuntase la jugada que habría de hacer y la diese a guardar al director del Torneo, no pudiendo conocerse hasta el día siguiente. Menos de 5 minutos —según refiere «La Strategie», diciembre de 1928— pensó el campeón cubano... Los críticos comentando el juego no veían ninguna solución y las opiniones todas, favorables a Euwe, consideraban la partida jugada por éste, una de las más perfectas y brillantes.

Cuando se abrió el sobre al siguiente día, Capablanca sacrificaba la reina y obligaba a la rendición por mate, en menos de cinco jugadas. Ni Max Euwe en meses de estudio, ni ninguno de los fuertes jugadores que los habían observado todo el tiempo, habían considerado esa magistral salida, lo que demuestra cuántas combinaciones pueden hacerse en el Juego Ciencia. La variante cayó nuevamente en desuso y la capacidad genial que para el Ajedrez tenía José Raúl Capablanca, una vez más quedó puesta de manifiesto.

A nosotros llegó el Ajedrez

importado de la península, donde en la Edad Media estuvo muy en boga. Parece ser que se dedicaban a él todas las clases sociales conforme se deduce de las lindísimas miniaturas que adornan el famoso Códice que el rey Alfonso X mandó escribir en el año 1283 y que se conserva en la biblioteca del Monasterio del Escorial.

Como era ajedrecista, la importancia de este Códice es inmensa, tanto por la colección de problemas que contiene, como por darnos a conocer las reglas del juego en aquellos tiempos.

Según la ley histórica que se ha perpetuado hasta nuestros días, el desarrollo del Ajedrez corre paralelo al grado de civilización: prueba evidente de que el Ajedrez forma parte del espléndido conjunto de manifestaciones intelectuales del espíritu humano.

El genio más eminente de aquella época lo fue Ruy López, ya que su impulso movió al Ajedrez de su época;

con él que comienza la serie de campeones del mundo, verdaderos soberanos del tablero, que con algunas interrupciones, se ha perpetuado hasta el día de hoy.

El Ajedrez es el más extendido de todos los juegos. Se juega desde la Tierra del Fuego a las Estepas Rusas y en las Américas hay diseminadas millares de Sociedades de Ajedrez. En Asia, es el juego nacional por excelencia, y cuenta Lasker que lo ha visto jugar con tableros de cien casillas y 40 piezas, por verdaderos maestros, los cuales realizaban variantes que él mismo era incapaz de comprender. En las propias selvas de Sumatra, afirma Travis Hoke en la revista «Esquire», que hay una tribu de batacos que mientras las mujeres realizan todos los trabajos, los hombres se pasan la vida discutiendo gambitos y contragambitos.

Hoy en día, hay unos 25 ó 30 ajedrecistas de fama internacional y entre ellos sólo cuatro o cinco merecen el título de grandes maestros. Todos viven del Ajedrez y ganan bastante. Capablanca fue el que más éxito alcanzó como profesional, llegó a ganar \$25,000 al año.

En los torneos importantes no se juega menos de cinco horas diarias y por ello a nadie debe extrañar que al igual que al boxeador y al corredor lo primero que le ceden son las piernas, al ajedrecista le falla la mente, y prueba de ello es el caso de los grandes jugadores muertos de embolia cerebral. Todavía a fines del siglo pasado no se ponía límites a la duración de una partida. Paulsen se pasó una vez catorce horas sin hacer un solo movimiento en el tablero; su contrincante, Pablo Morphy —el Genio más formidable del Ajedrez, según palabras de Capablanca—, cayó de bruces sobre la mesa, llorando...

El primer gran ajedrecista cubano lo fue don Celso Fidel Gildmayo y Zúpide, que cursó en Madrid la carrera de leyes y volvió luego a La Habana, en donde hasta su fallecimiento ocupó cargos muy elevados en la magistratura y el Gobierno.

En el año 1864 jugó con Morphy, quien le daba un caballo de ventaja y perdió la mayor parte de sus partidos. En vista de ello, confesó que no le era posible sostener un partido tan fuerte contra Gilmayo, pues a lo más, podría combatir dándole la ventaja de peón y dos salidas. Esta declaración de Morphy nos da la medida exacta de la grandeza de Gilmayo, el único ajedrecista cubano que se batió con aquel coloso del tablero.

Posteriormente, en 1867 concurrió al Torneo Internacional de París, en donde obtuvo el séptimo lugar entre trece participantes. Entre nosotros fue siempre el jugador más fuerte y en vano trató de arrebatarse esta supremacía con terquedad sin igual, el impetuoso y muy entusiasta Andrés Clemente Vázquez (1844-1901), excelente analista y famoso por sus trabajos literarios dedicados al Ajedrez y al cual se le puede considerar como el verbo de la

AJEDREZ



JOSE RAUL CAPABLANCA

Orígenes, Evolución y estado actual del Ajedrez.
— Grandes ajedrecistas. — Partidos. —
Campeonatos. — Anécdotas

Por

JUAN M. PEREZ-BOUDET, Jr.